

La pluralidad de la filosofía, la teología y la reflexión sobre la formulación de la teoría y la praxis refleja cómo esos elementos comunes son apropiados dentro de la variedad de contextos que constituyen la historia de la fe. La pluralidad de interpretaciones no constituye una amenaza para la unidad del cristianismo, no es un problema a superar, pues la palabra de Dios se ha encarnado realmente, y es una palabra dicha dentro de la historia humana. Su apropiación en la efectividad histórica despliega el misterio del Absoluto que para siempre elude la comprensión humana. Por ello se puede afirmar que las diversas perspectivas filosóficas han revelado y enriquecido la comprensión de la revelación de Dios en Cristo.

El autor —consciente de que esta afirmación requiere una mayor explicación— sólo pretende mostrar cómo diferentes autores han relacionado filosofía y teología en la dirección de su proposición.

M. Codina Blasco

J. A. DINOIA, *The Diversity of Religions: A Christian Perspective*, The Catholic University of America Press, Washington 1992, 199 pp., 14 x 21, 5.

La discusión teológica acerca del pluralismo religioso es desde hace años especialmente abundante. El principal problema planteado no es muy novedoso, pues la salvación de los no bautizados ha sido una cuestión clásica por la cual se han interrogado muchos teólogos desde hace siglos. Lo que atiza el fogoso interés que hoy en día presenta este tema es sin duda un hecho social: la creación a través de los medios de comunicación de lo que MacCluhan denominara «la aldea global». Este hecho, que afecta a toda la humanidad presen-

te, repercute en la conciencia más viva que los fieles cristianos adquieren acerca de la extensión de la pluralidad religiosa y del agnosticismo.

Esta conciencia de diversidad suscita problemas intelectuales en el cristiano, porque forman parte de la revelación divina que ilustra su fe dos elementos nada fáciles de compaginar: que Cristo es el único Camino de salvación y que la universalidad caracteriza la voluntad salvífica de Dios. Ambas verdades están nítidamente expuestas en el Nuevo Testamento.

La función del teólogo consiste en explicar de un modo razonable cómo se compaginan dos misterios de fe que aparentemente llevarían a conclusiones prácticas contrarias: excluir de la salvación por principio a quienes no se unen a Cristo por la fe de la Iglesia y los sacramentos —los no bautizados—; o bien, relativizar los susodichos fe y sacramentos, relativizando simultáneamente a Cristo Mediador, y dar carta de crédito a las instituciones tradicionales de todas las religiones como medios salvíficos.

La investigación teológica sobre estas cuestiones ha visto la necesidad de hollar nuevos caminos, pues una premisa de dicho estudio es el conocimiento de la esencia de la religiosidad y de sus formas características de manifestación, así como la reflexión sobre la naturaleza de la fe. El camino abierto de este modo ha sido denominado *teología de la religión*, porque el teólogo está convencido de que la fe cristiana no introduce un elemento de partidismo o parcialidad en su reflexión, sino que por el contrario es la vía más sólida para alumbrar lo que fundamentalmente es un misterio divino: la economía de la salvación.

Esta obra de DiNoia se sitúa en el ámbito que se acaba de describir: el de

la teología de la religión. El Capítulo I es descriptivo, pues trata de sistematizar las diversas teorías teológicas que se han propuesto para resolver el problema en cuestión. Él las divide en *exclusivistas* (las más tradicionales), *inclusivistas* (Rahner, J. Dupuis) y *pluralistas* (John Hick) —en realidad los así denominados son más bien filósofos de la religión que postulan un cierto escepticismo sobre la realidad de la salvación y sólo se remiten a la esperanza humana en la misma—. En los tres restantes Capítulos el Autor desarrolla su propia propuesta teológica.

Esta propuesta no se fundamenta en un estudio dogmático del problema realizado de forma sistemática, sino en consideraciones variopintas tomadas de diversas tradiciones teológicas. Finalmente el Autor no es capaz de presentar una solución original al tema que le preocupa. Su principal objetivo parece ser mantener la necesidad del diálogo interreligioso, aunque sin renunciar al cristocentrismo característico de la fe cristiana. Categorías rahnerianas tales como *fe implícita* y *providencialidad del pluralismo religioso* son asimiladas en su esquema algo eclécticamente.

Ciertamente es un acierto de su parte observar que la teología de la religión puede desarrollarse sin un previo estudio exhaustivo de las doctrinas de cada una de las religiones históricas, aunque el esfuerzo por una intelección adecuada de dichas doctrinas nunca debe ser menospreciado.

J. M. Otero

Luc FERRY, *El nuevo orden ecológico*, Ed. Tusquets, Barcelona 1994, 231 pp., 21 x 14.

Ferry ha logrado un libro interesante. Interesa todo lo que dice y el modo

de decirlo. Hay riqueza informativa, rigor en el análisis de los supuestos filosóficos, agudeza en la crítica del ecologismo profundo y del ecofeminismo, y propuesta de enfoques humanistas.

El lector encuentra una síntesis, razonablemente construida, del estado de la cuestión, de sus raíces, de las ilustraciones históricas y de las perspectivas posibles. A un creyente, y más a un teólogo, le interesa lo que dice. Y lo que deja de decir.

El autor mantiene una completa marginación de la comprensión transcendente y creatural del hombre y del mundo. La instalación de la irrenunciable laicidad republicana le parece inseparable de la instalación en la finitud. Las referencias existentes a la religión la sitúan dentro de la crítica fundamentalista a la democracia. Le parece imposible tanto una auténtica secularidad cristiana, como una posible aportación razonable de los cristianos al debate democrático; como si su «saber más del hombre» tuviera que convertirse, necesariamente, en arma arrojada o en abdicación de la racionalidad.

La otra gran insuficiencia de un libro brillante es la reiterada insistencia en concebir al hombre como antinaturalidad, o sea, la unívoca concepción de la naturaleza como opuesta, en todo caso, a la libertad y la cultura. Postura sartriana tanto más sorprendente cuanto el autor acude a la noción de analogía para fundamentar el respeto a los animales y diferenciarlos del resto de lo no humano. No llega a una comprensión análoga de la naturaleza humana, que no es sólo lo dado que me determina y limita, lo que debo superar para llegar al nivel ético y de la cultura, sino también lo que me impulsa y me lo posibilita. El hombre es naturalmente cultural y ético. Nuestra naturaleza no es principio de operaciones del mismo modo que la de las rocas, las plantas o